

CONFERENCIAS INFANTILES.

I.

LOS APELLIDOS ESPAÑOLES.

Como la sociedad que se llama familia, formada por el amor y consagrada por la religion, es la base y principio de la sociedad civil, en que tambien el amor y la religion entran por mucho para que sea sólida y perfecta, me parece oportuno empezar estas indoctas y humildes conferencias diciéndoos, queridos niños, lo que yo sé y entiendo del origen, formacion y uso de lo que en otras lenguas, entre ellas la francesa, se llama nombre de familia, y en la nuestra sencillamente *apellido*.

El apellido fué en su origen un sobrenombre personal. En los pueblos primitivos, como aún sucede en los que todavía permanecen en estado salvaje ó poco ménos, el nombre con

que al individuo se distinguia, expresaba alguna de las cualidades físicas ó morales que más sobresalian en el mismo individuo, por ejemplo, la fuerza física, el valor, la hermosura, la compasion, la fealdad, la sabiduría, el color, etc.; pero como habia muchos á quienes correspondia este nombre y se distinguian con él, se les fué aplicando un sobrenombre más singular que evitase la confusion, é indudablemente éste fué el origen del apellido ó sobrenombre individual.

Os autorizo, queridos amigos míos, á preguntarme todo aquello que deseis saber ó cuya explicacion os haya dejado alguna duda, y como os creo dispuestos á preguntarme, en virtud de esta autorizacion, cómo el apellido ó sobrenombre individual pasó á la familia y se perpetuó en ella, me apresuro á ahorraros esta

pregunta. Como el nombre tenía una razón puramente individual, y el apellido no, pues el primero se fundaba en cualidades del individuo, y no así el segundo, al morir el individuo moría con él el nombre, y el sobrenombre ó apellido le sobrevivía pasando á sus sucesores, ó, lo que es lo mismo, á la familia.

Ésta debió ser, lógicamente pensando, la regla general; pero esta regla debió tener, como todas y más que todas, sus excepciones. Una de estas excepciones fué, sin duda, la que os voy á explicar valiéndome de un ejemplo práctico, sistema de que haré frecuente uso en estas conferencias. Yo conozco una familia que llevaba el apellido patronímico Lopez, y hoy lleva el solariego de Cerro. Hace poco más de un siglo, uno de los Lopez fundó una casería en un cerro y se estableció con su familia en ella. Desde entónces empezó á llamársele, en vez de Fulano Lopez, Fulano el del Cerro ó Fulano del Cerro, y ya sus hijos y sucesores abandonaron el antiguo apellido patronímico y adoptaron el moderno solariego.

Los apellidos españoles, tal como hoy los conocemos, es decir, usados con la regularidad con que hoy se usan, son relativamente modernos. Su formación regular necesitó para elaborarse toda la Edad Media, que, como sabeis, termina con el siglo xv, y aún en los siglos xvi y xvii era lícito y frecuente sustituir el apellido paterno por el materno ó algun otro de la familia. Como ejemplo de ello

os recordaré al ilustre historiador guipuzcoano Garibay y al egregio pintor sevillano Murillo. El padre del primero se apellidaba Zamalloa y el del segundo Perez, y el historiador adoptó el apellido de su madre, y el pintor el de una de sus abuelas.

En Elorrio, que es un pueblo de Vizcaya, existen unos sepulcros cristianos, de los siglos viii y ix, que prueban el uso de los apellidos en aquella época. En uno de los sepulcros se lee el nombre y apellido de Narriates de Ibáter, nombre y apellido que corresponden á la lengua euskara ó vascongada, que aún se habla en aquel país.

Los apellidos españoles se dividen en *solariegos*, *patronímicos* y *personales*. Solariego es el que expresa la procedencia de la familia ó linaje, como, por ejemplo, Aragon, Toledo, Castillo, que indican proceder los que los llevan del reino de Aragon, de la ciudad de Toledo y de un lugar ó fortaleza que se designaba con el nombre de Castillo. Patronímico es el que se deriva de un nombre de bautismo, como Sanchez, Lopez y Perez, que son una especie de declinación de Sancho, Lope y Pero. Y personal es el que procede de una cualidad personal, como Calvo, Moreno, Alegre, Guerrero, Zapatero, Cantero, etc., que, distinguiendo en un principio á un individuo que tenía aquella cualidad, pasó á ser distintivo de la familia.

El apellido patronímico variaba en un principio con la generación ó

el individuo. El hijo de Sancho se llamaba, por ejemplo, Pero Sanchez, y el hijo de éste declinaba el nombre de bautismo de su padre, apellidándose Perez, aunque algunas veces, en lugar de declinarle, se le adoptaba sin variacion, por lo que son tambien apellidos patronímicos los de Martin, Pedro, Blas y otros muy frecuentes en España. Despues cayó en desuso tanto la declinacion como la simple reproduccion del apellido paterno, y las generaciones continuaron en una misma familia sin variar el apellido.

En la Edad Media era muy comun el uso del apellido patronímico ántes del solariego. Áun hoy conservan algunas familias este uso; por ejemplo, la de un ilustre poeta dramático, que falleció hace pocos meses, se apellida Martinez de Eguilaz. Generalmente se ha ido omitiendo el apellido patronímico (como, puramente por razones literarias, le omitió el poeta que he citado), conservando sólo el solariego, y en ello no hay inconveniencia alguna, porque se simplifica el apellido sin que pierda casi nada de su significacion. ¿Qué importa la memoria, por ejemplo, de que uno de nuestros antepasados se llamó Martin? Lo que nos importa es conservar la memoria de la oriundez solariega de nuestro linaje, por cuya razon tengo por una tontería lo que han hecho algunas familias que han omitido el apellido solariego, conservando sólo el patronímico. Yo conozco una cuyo apellido era Lopez de Miranda, y es hoy Lopez á secas.

La mia era Fernandez de Trueba, y tuvo el acierto de omitir el patronímico y conservar el solariego.

Antes de pasar á otra cosa, me ocurre, amigos míos, hacer algunas preguntas á los que tengo más cerca. ¿Cómo te llamas tú, rubiecillo?

—Yo, Luis Toro.

—Estás equivocado, chiquito. El buen uso antiguo, y sobre todo la gramática, se deben respetar. Antigualmente se decia Fulano de Toro, y se decia muy bien, porque tú no eres un toro, como parece darlo á entender omitiendo la preposicion *de*, sino que procedes de un pueblo que se llama así, como dirias si no incurrieses en esa omision que constituye una falta gramatical, en que incurren con la mayor frescura hasta muchos de los maestros que se dedican á enseñar la gramática, es decir, los maestros de primera enseñanza, que debieran imitar el ejemplo de su joven, pero docto, discreto y entusiasta amigo D. Emilio Ruiz de Salazar, director de *El Magisterio Español*. En las Provincias Vascongadas, donde casi todos los apellidos son solariegos, se tiene el buen sentido de no omitir la preposicion *de*; pero en una de ellas, en Guipúzcoa, han dado ya casi todos los individuos en suprimirla. En Francia tiene pretensiones nobiliarias la *partícula*, como allí dicen; pero en España nunca las ha tenido, ni las tiene, ni puede tenerlas, pues aquí la preposicion de los apellidos sólo es cuestion de gramática, como piensan algunos republicanos de buen sentido, entre ellos

uno que acaba de publicar un libro y se apellida *de* Olías, porque así debe apellidarse. Y tú, morenillo, ¿cómo te llamas?

—Yo me llamo Ricardo de Ramirez.

—También tú te equivocas. Tu apellido es patronímico, y como ya lleva el *de* en su terminación, ponerse ántes es una falta gramatical que los corteses llaman redundancia y los descorteses otra cosa que no suena bien. Ramirez es patronímico de Ramiro, y, por tanto, no le corresponde el *de*. Y tú, gordillo, ¿cómo te llamas.

—Yo, Juanito de Izquierdo.

—Omite el *de*, porque el uso ha consagrado su omisión ántes de los apellidos personales, aunque no con tanta razón como en los patronímicos declinados. Como indicación de procedencia, parece á primera vista que, viniendo tú *de* un Izquierdo, debieras usar la preposición; pero el uso ha pospuesto esta razón á la de repugnar la preposición á los adjetivos. Y ¿cómo te llamas tú, carita de pascua?

—Yo, Pepito Martin.

—Pues debieras llamarte Pepito *de* Martin, imitando la buena costumbre de los *de* Pedro, *de* Blas, *de* Benito, etc., que conservan el *de* como deben conservarle todos los que llevan apellido patronímico sin declinar.

Resumiendo todo lo que llevo dicho, debo añadir: que es absurdo omitir la preposición en los apellidos solariegos; que lo es también usarla

en los patronímicos declinados; que no se debe usar en los no declinados, y que se debe omitir en los personales.

—Pero diga V., D. Antonio, ¿cómo se conoce á qué clasificación de esas pertenece el apellido, y, por consecuencia, si le corresponde ó no la preposición?

—No es necesario que un español sea muy instruido para que pueda clasificar los apellidos españoles. Es verdad que entre ellos hay muchísimos que pertenecen á la lengua vascongada, y que esta lengua casi sólo la conocen los naturales del territorio donde se habla; pero la dificultad que esto pudiera ofrecer para clasificar los apellidos vascongados, desaparece considerando que casi todos ellos tienen, digámoslo así, una fisonomía especial que revela su procedencia, y casi todos ellos son solariegos. En cuanto á los apellidos españoles pertenecientes á los dialectos afines con la lengua castellana, ó sean procedentes de la latina, que lo son todos los dialectos de la Península, raro será el español que desconozca ó no pueda averiguar fácilmente su significado.

Cuando se ignora el *de* alguno, por pertenecer á una lengua que se desconoce ó por haberse desfigurado tanto que ya nada signifique, me parece prudente omitir la preposición. En este caso se halla el del discreto Director de vuestro periódico: «Frontaura» puede ser modificación de «Fontaura», en cuyo caso significaría «Fuente de oro», nombre con

que se designan en el Norte de España las fuentes ferruginosas, por el sedimento dorado que dejan sus aguas, y sería solariego; pero puede también significar «Frente de oro ó dorada», y, por tanto, ser personal. En esta duda, hace bien el escritor que le ha ilustrado con su claro y bien dirigido ingenio, en omitir la preposición.

Me parece que ya basta lo dicho para que tengais una sencilla nocion de cómo se formaron y generalizaron los apellidos españoles, de la clasificación de los mismos que yo tengo por más factible y acertada, y de las

reglas que pueden adoptarse en su uso. Si quereis alguna vez profundizar más esta curiosa é interesante materia y hallar la erudicion histórica de que yo carezco y en esta ocasion no la emplearia aunque la poseyera, leed un hermoso libro que sobre este asunto escribió y publicó hace pocos años el escritor granadino Lafuente Alcántara, á quien debo este recuerdo, aunque no esté conforme con todas sus opiniones.

Ea, hasta otro dia, queridos amiguitos míos.

ANTONIO DE TRUEBA.



SENTIMIENTOS MORALES.

ARTÍCULO V.

Cuando en esta REVISTA examinamos el sentimiento del *orgullo* (1), ya dijimos que nos referíamos á ese acto de pundonor, de delicadeza, de dignidad personal, que ennoblece al hombre mientras no sea exagerado y degenera en *pasión*, que entonces se llama propiamente *vanidad*, y es una de las más execrables de la vida humana.

Lo propio dirémos hoy al tratar del sentimiento del *amor*; y cuantas veces de él hablemos, entiéndase que nos concretamos al amor puro, sincero, desinteresado, noble, digno, que se reviste de los caracteres de *originario*, *simple* y *expansivo*, y de ninguna manera á esas aberraciones violentas y exaltadas, que le convierten á veces en pasión vulgar y extravagante desvarío.

Su desarrollo es espontáneo; como que no tiende á un fin mezquino, porque, bajo el aspecto que le consideramos, dista mucho de ser, como algunos piensan, una sensación física; y la prueba está en que no le experimentarían personas sencillas y buenas, y mucho menos el niño, con toda la pureza de un corazón inocente; por eso es *originario*, pues desde los primeros años de la infancia ama-

mos á las personas que nos rodean, á las nodrizas ó á las madres que nos alimentan, y hasta al perro que nos entretiene y acaricia.

Rara vez deja de pertenecer á los sentimientos *simples*, por más que en algunas ocasiones se asocia con el *orgullo* ó con la *benevolencia*.

El amor á la gloria, es decir, el afán de merecer lo que se llama aura popular, en la edad adulta, explica el primer caso, pues lisonjeando el amor propio de quien llega á conseguir renombre por sus hechos militares, literarios ó artísticos, se mezcla con el orgullo, del que también participa la mujer, por la celebridad que aquél disfruta.

El amor á la humanidad se encuentra en el segundo caso, cuando se le asocia el sentimiento de la benevolencia para hacer el bien.

En la mujer el amor es más fuerte que en el hombre, si bien en uno y otro puede haber circunstancias que modifiquen su duración, con especialidad en aquellos seres en quienes las creencias religiosas tienen cierta tibieza, y por consiguiente la moral carece de afianzamiento; estas personas son, por lo común, inconstantes, sin que la conciencia les acuse al variar de objeto.

El amor á Dios, en las almas piadosas, es siempre exaltado, intransigente y puro. El amor á los hijos

(1) Véase el t. IX, pág. 266 del 20 de Junio.

tampoco reconoce límites, y en ocasiones suele ser indiscreto y hasta perjudicial, por ofuscar la razón y no corregir á tiempo los defectos ó inclinaciones extraviadas de los niños. El amor al prójimo, al indigente, al que padece, es ménos intenso que los anteriores, si bien ennoblece el carácter de las personas que le experimentan. El deseo de su ejercicio es un elemento poderoso para su desarrollo: así es que la reproducción del deseo habitúa insensiblemente á su acción, y á medida que se renueva, tanta mayor suma añade á la duración del sentimiento que nos ocupa: el deseo no es, en nuestro concepto, otra cosa que una, tal vez, fantástica esperanza: y esta es el anhelo íntimo de la realidad de una idea.

Si se analiza este sentimiento moral bajo el aspecto del dolor, observa todo el que se dedica á este estudio tres tiempos marcados distintamente en un afecto al parecer indivisible. Al recibir la noticia de la muerte de un amigo, de un pariente ó de un sér que amamos, es lo primero que preocupa la razón la sorpresa, después la consideración de los lazos que á él nos unieron, luego el vacío.

Hasta que experimentamos esta postrera sensación, no se desenvuelve con toda intensidad el desconsuelo. Pero se dirá que nada es el vacío; y no siéndolo, ¿cómo puede residir el dolor en él? Esto se explica fácilmente. La pérdida del objeto amado produce el vacío, que al punto pasa á ser ocupado por la pena.

Tantas cuantas veces el pensamiento recorre estos tres tiempos que dejamos marcados, esto es, la idea del sér que amamos tal cual existía, la consideración de su pérdida y la certidumbre del vacío que deja en nuestro espíritu, otras tantas el recuerdo y el vacío luchan entre sí: esto es el amor y la pena.

En vano el alma doliente busca consuelo en aquellos instantes: no le encontrará, porque el dolor sólo le templará el dolor! El sentimiento lucha con la idea de la realidad, y en virtud de este combate, las fuerzas físicas se agotan, la imaginación desfallece y el sentimiento, por grados, se debilita, y con lentitud tiende á extinguirse: este sencillo ejemplo está al alcance de todas las inteligencias.

Prolijo sería examinar bajo todas sus fases tal afecto del corazón, y reseñar los perjuicios y las ventajas que ofrece á la humanidad, según el grado de desarrollo en que se encuentra.

Lo que hemos expuesto sobre el particular en este y en anteriores artículos, tiene aplicación á todos los sentimientos morales. El amor á Dios impulsa al hombre hasta el martirio; el amor á la gloria, ménos puro, porque se asocia al del orgullo, le lleva á ejecutar acciones heroicas: el amor á la humanidad, también compuesto con el de la benevolencia, le hace compasivo, caritativo, piadoso; y si estas aplicaciones las fuésemos generalizando hasta encontrar el tipo perfecto de la virtud, nos conducirían necesariamente al terreno de las

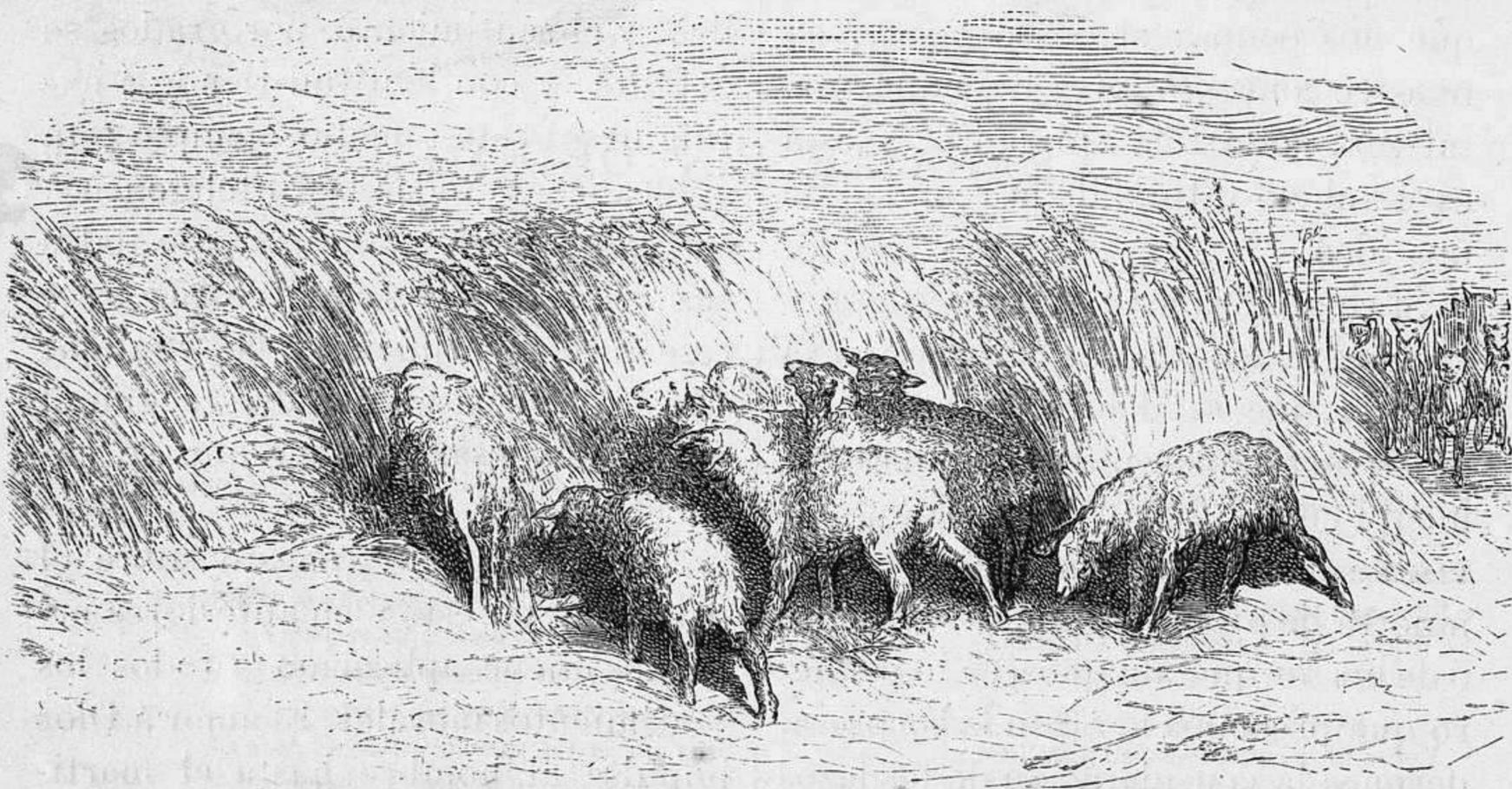
consideraciones filosóficas. Entónces tendríamos que discurrir acerca de los bienes que el sentimiento del amor ha producido en la civilizacion del mundo; los males sin cuento que, cuando degenera en pasion, ocasiona á la humanidad.

Con sólo enunciar esta idea se ve el ancho campo que ofrece á la meditacion, y los difíciles problemas que entraña: en primer término, habria que resolver si el hombre ó la

sociedad antigua era ó no mejor que el hombre y la sociedad moderna; y de esta inmensa cadena, eslabon por eslabon, desde que apareció el Cristianismo como antorcha luminosa que alumbra el camino de nuestra peregrinacion en la tierra, habríamos de descender á un terreno ajeno al propósito de esta publicacion periódica á los niños dedicada.

M. J. PASCUAL.

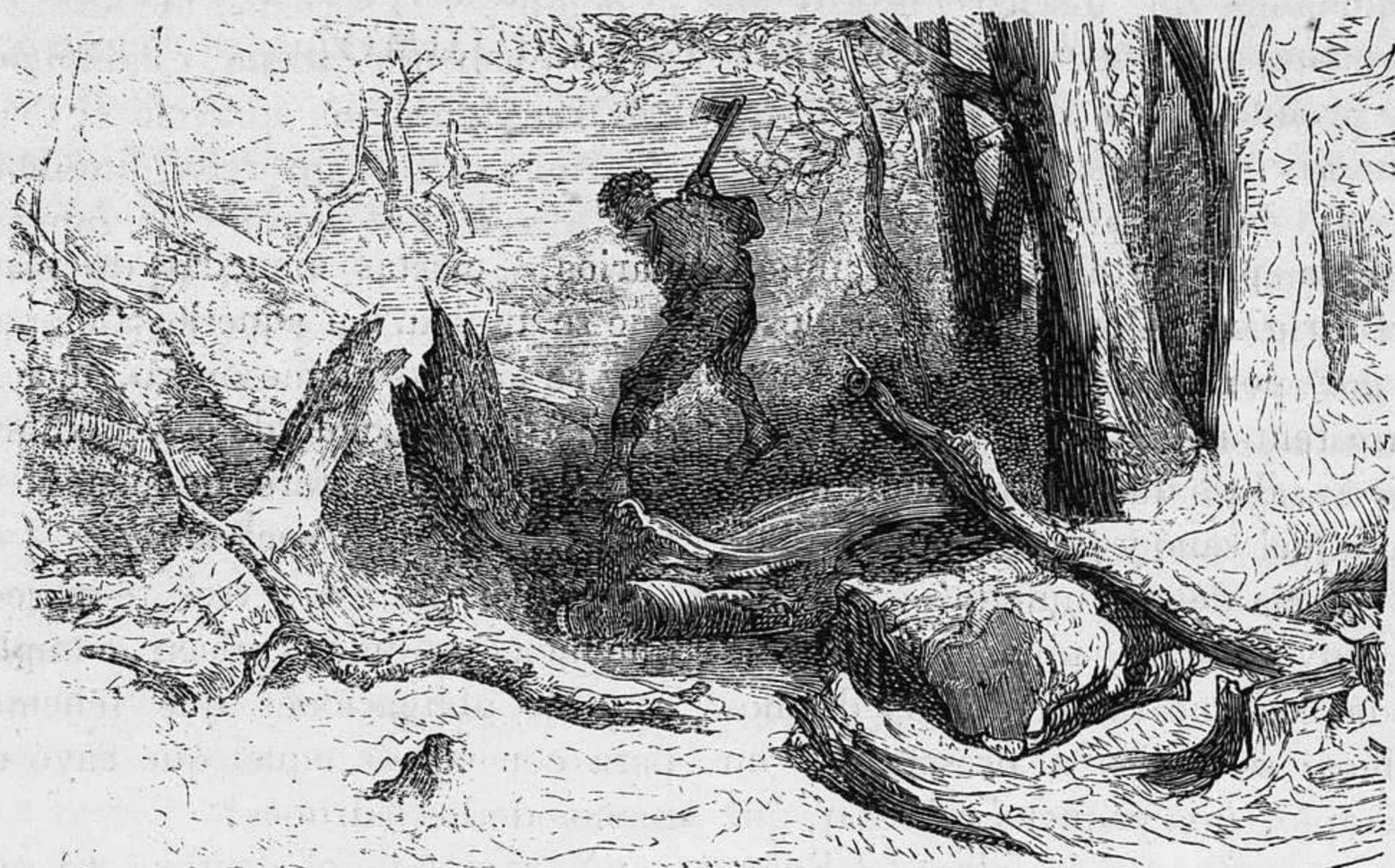
EL REBAÑO SIN PASTOR.



Tan necesarias son en este mundo la sumision y la dependencia, que el quebrantarlas puede ser origen de males sin cuento. El tímido rebaño que, logrando sustraerse á la vigilancia del pastor, veis penetrando en los trigos, donde origina destrozos al labrador, se encuentra á su vez vendido y expuesto á grandes riesgos, pues, falto de toda defensa, será víctima del apetito de cualquier enemigo más fuerte.

En el mundo, niños míos, hay leyes inalterables, aún cuando no consten en los códigos, y una de ellas es la que recomienda á los rebaños que no prescindan de su pastor, por los peligros que entraña su inmotivado arranque de independenciam.





TRABAJAR SIN OBJETO.

FÁBULA.

Hubo un gran holgazan, — no era en España, —
 Que, de su mala vida pesaroso,
 Quiso borrar con decision extraña
 El mal efecto de un pasado ocioso.
 « Pues que todos me alientan al trabajo, —
 Se dijo el tal, — trabajaré á destajo. »

Fuése al bosque, resuelto y decidido,
 Y el hombre trabajó con tanto anhelo,
 Que sólo se paró cuando rendido
 Tuvo de árboles cien cubierto el suelo ;

Y satisfecho de su horrible tala,
 « Nadie á trabajador, — dijo, — me iguala. »

*Muy digno es el trabajo, muy laudable,
 Merecedor de encomio y de respeto ;
 Pero se cambia en vicio censurable
 Si á ejercitarse llega sin objeto.
 Más que la holganza es causa de ruina
 El trabajo que al bien no se encamina.*

M. OSSORIO Y BERNARD.



¿QUIÉN ES EL PRÓJIMO?

Esta pregunta, queridos niños, fué dirigida á Jesus, nuestro Dios y Señor, por un doctor de la ley, como para tentarle.

¿Y sabeis qué contestacion mereció aquel vano y presuntuoso hijo de la ciencia de este mundo?

Muy sencilla, niños míos, como todas las que salian de sus divinos labios: se limitó á presentarle un ejemplo, una pequeña relacion, que voy á copiaros á la letra del Evangelio de San Lucas, que dice así:

« Bajaba cierto hombre de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le robaron; y habiéndole hecho muchas heridas, marcharon, dejándole medio muerto.

» Y sucedió que vino por aquel camino un sacerdote, y viéndole, pasó de largo.

» Y de la misma suerte, un levita,—es decir, descendiente de la tribu de Leví, dedicada al sacerdocio,—que llegó cerca de aquel paraje, habiéndole visto, pasó adelante.

» Pero un samaritano,—esto es, un extranjero,—que iba de camino, llegó cerca de él, y viéndole, fué movido de compasion, y acercándose, echó aceite y vino en sus heridas y las vendó, y poniéndole sobre su jumento le llevó á un meson, donde tuvo cuidado de él.

» Y al dia siguiente, sacó dos de-

narios,—ciertas monedas de plata que se usaban en aquellos tiempos,—y se las dió al mesonero, diciéndole: « Ten cuidado de este hombre, y todo cuanto gastáres de más, yo te lo pagaré cuando vuelva. »

» ¿Quién de estos tres te parece que fué el prójimo (es decir, cumplió con las obligaciones que tenemos para con él) de aquél que cayó en manos de los ladrones?

» Y respondió el doctor: El que usó con él de misericordia: pues vé, le dijo entónces Jesus, y haz tú lo mismo. »

Esta elocuentísima leccion nos enseña, amados niños, cómo debemos conducirnos con nuestros hermanos, que son todos los hombres, sin distincion ninguna, ya sean amigos ó enemigos (pues esto quiso decirnos el Señor al nombrar un samaritano, que por esta circunstancia era enemigo de los judíos), y cómo debemos usar de la caridad, fuente de todos los bienes que alcanzamos en este mundo.

En esta parábola Jesus nuestro Dios nos señala la obligacion sagrada de socorrer, segun nuestras fuerzas, á los que se ven amenazados por algun peligro, prestándoles de nuestra parte los auxilios que haya menester, sin reparo ni temor alguno.

¿Cuántas veces no habréis encon-

trado en vuestros diarios paseos, en el campo ó en la calle, algun pobre anciano ó impedido, cuya edad ó falta de sustento no le permitia dar un paso, y le habeis prestado ayuda en su fatigoso viaje, socorriéndole al mismo tiempo con alguna limosna? Pues bien; en este acto que ejecutasteis, fuisteis prójimo de aquel hombre, es decir, llevasteis á cabo una obra de caridad, poniendo en práctica las palabras del Redentor que acabo de transcribiros.

Siguiendo durante vuestra vida esta conducta, seréis aplaudidos por todos como buenos, serviréis de ejemplo á los demas que tienen olvidadas estas máximas, estos deberes, y ganaréis, que es mejor que todo esto, el corazon de Dios, que os amará y os tomará bajo su más directa proteccion.

Pero es necesario que tengais muy presente, niños mios, que faltais á este deber, que no conoceis al prójimo, cuando no obedecis á vuestros padres y maestros: ellos son tambien vuestro prójimo, y al faltarles pecais contra la caridad, ademas del respeto y obediencia que les debeis.

Porque el padre, la madre, ó el maestro, al ver que no cumplís con las obligaciones que os impone su sagrada autoridad, su corazon se entristece y sufre un profundísimo pesar, aunque á veces no lo conozcais, y venís á representar el papel de los ladrones que despojaron y maltrataron al viajero que venía de Jerusalem, que es vuestro padre ó maestro ofendido por aquellos mismos á quie-

nes profesas más cariño y mira con mayor interes.

Por eso debeis cuidar mucho de no dar el menor disgusto á vuestros superiores; y si, efecto de vuestra inexperiencia y ligereza propia de la edad, teneis algun pequeño descuido que pueda afectarles, corred presurosos á echaros á sus piés, abrazándolos y derramando, al propio tiempo, lágrimas de un corazon arrepenido; lágrimas que servirán para su alma de saludable bálsamo que calmará su pena, á semejanza del vino y el aceite que el Samaritano empleó para curar las heridas del viajero, é inclinarán su ánimo al perdón y á la clemencia.

No olvideis, pues, el sentido de esta sencilla á la par que profunda relacion del Salvador; y sobre su profundidad tengo que haceros todavía algunas reflexiones, por lo que os ruego me prestéis vuestra atencion por algunos momentos más, que os prometo, niños mios, que serán muy breves.

Las Sagradas Escrituras son, en realidad de verdad, sencillas; pero envuelven al propio tiempo, y como os dije ya, grande profundidad, por ser la voz de Dios mismo: de aquí que, aún cuando parecen fáciles y buenas de entender, encierran, sin embargo, altísimos misterios que nuestro entendimiento no puede abarcar sin especiales estudios y continuas meditaciones, y muchas veces ni aún con esto se alcanza su sentido y verdadera inteligencia.

Por esta causa, la Iglesia, con su

gran sabiduría y acierto, no permite la lectura de las sagradas letras sino con notas y aclaraciones puestas por ella misma, tomadas en su mayor parte de las hechas por los doctores de la iglesia, distinguidos por su elevada ciencia y por su gran santidad, como lo fueron San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, Orígenes, Cornelio Alapide y otros muchos.

Y es natural, amados niños, puesto que estos ilustres varones habían hecho estudios profundos sobre la ciencia divina, y algunos fueron inspirados por el mismo Dios; de modo, que nadie mejor que ellos saben explicar y aclararnos el sentido de las misteriosas palabras que se encuentran en las Escrituras.

¿Quién mejor puede desvanecer las dudas que se os ocurran al estudiar las lecciones que os señala el maestro en los libros que usais en la escuela, sino el mismo maestro ó profesor?

Pues de la misma manera, nadie con más autoridad y acierto que aquellos santos doctores, que pasaron su vida estudiando de continuo sobre los libros sagrados, deben y pueden explicarnos su sentido, muchas veces inexplicable, porque así creyó hacerlo Nuestro Dios y Señor, ocultándolo á la débil y limitada razón humana.

Para que veais esto de un modo práctico, voy á presentaros una interpelación alegórica, es decir, figurada, sobre este pasaje *¿Quién es el prójimo?* que os he copiado al principio, según lo exponen los doctores

que os he citado, con especialidad Cornelio Alapide:

«El hombre, dice aquel sabio jesuita, que cayó en manos de los ladrones, representa á Adán después de haber pecado desobedeciendo los mandatos de Dios, lleno de heridas en el alma y casi moribundo. La bajada de Jerusalem á Jericó significa la salida del Paraíso y la pérdida de la inocencia, y el peligro de pecar en que vivimos todos desde aquel día fatal.

» Los ladrones son los espíritus malos que por medio de la serpiente engañaron á Adán y Eva, haciéndoles comer, como sabeis ya por la historia sagrada, la fruta del árbol prohibido, privándoles de la gracia de Dios y demás virtudes, obligándoles á vivir entre trabajos y dolores.

El sacerdote y levita representan la ley antigua, que no pudo reparar la terrible falta de nuestro primer padre; el samaritano es figura de Nuestro Señor, que cuida fielmente de todos los hombres, con el objeto de que consigan la salvación; y el jumento, la humanidad del mismo Jesús, á la cual se unió la divinidad.

» Por último, el meson representa la Iglesia católica, que acoge con el dulce cariño de una madre tiernísima á todos los cristianos; y aquel vino y aceite que empleó el samaritano para curar las heridas del pobre viajero, vienen á ser: el vino, la sangre que derramó el Salvador en la cruz, y el aceite, su clemencia, bon-

dad y mansedumbre; figurando el mesonero la persona de San Pedro, ó sea su sucesor el romano Pontífice.

Áun cuando todo esto ofrece algunas dificultades para vuestra tierna inteligencia, sin embargo, comprenderéis cuánto talento, cuánta ciencia es necesaria para comprender las palabras del Salvador, y cuánta enseñanza encierran; por lo cual, debemos leerlas con frecuencia, ayudados de nuestros maestros y de

aquellos que están encargados por Dios de explicárnoslas, á quienes debemos oír con preferencia, especialmente á la Iglesia católica, maestra infalible, de *cuya mano las hemos recibido*, y por lo mismo, de ella debemos aprender su *verdadera interpretación y sentido*, para que no caigamos en el error, ántes por el contrario, nos sirvan de ejemplo y de lección provechosa.

R. SEGADE CAMPOAMOR.



LO GRANDE Y LO PEQUEÑO.

Mira alfombrar el suelo
La verde hierbecilla,
En regalado soplo
Del céfiro mecida.

Sobre ella bulliciosos
Los corderuelos triscan,
Y bórdala el rocío
De perlas cristalinas.

Las flores que la esmaltan
Ventura y paz publican;
¡Feliz el que ignorado
Pasa la breve vida!

—Mira hasta el alto cielo
Subir pomposa encina,
Su copa coronando
De nubes fugitivas.

Con sus robustos brazos

Los vientos desafía,
Y el viento, que la embiste,
Por tierra los derriba.

¡Ay si del negro seno
Las nubes, sus vecinas,
Sobre sus verdes ramas
Rayo encendido envían!

Ó el hacha entra en su tronco,
Y en trozos dividida,
En el hogar se trueca
En humo y en cenizas.—

—Si quieres ser dichoso,
Fabio, á la hierba imita,
Que cuanto más se sube
Más fuerte es la caída.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



MÁXIMAS.

No pienses mal; piensa bien para acertar, pues en el caso que no aciertes, ten presente que se debe preferir la tristeza de un desengaño al sonrojo de un mal juicio.

El talento sin el buen sentido es como una música con buenos tonos y bellas melodías, pero sin compás.

La vanidad es la necesidad del egoísmo.

El orgullo es la insolencia de la vanidad.

No basta confiar en que el motivo y el fin

de nuestras acciones sean buenos para prescindir de la opinion pública; no basta ser bueno; es necesario tambien parecerlo, por acatamiento á la sociedad, por consideracion á sí propio y por respeto á la verdad.

La superioridad es una carga; como lo es para el gigante su estatura; gozar de ella y disimularla con benevolencia y no con desden, es el modo de hacérsela perdonar por las medianías envidiosas.

FERNAN CABALLERO.

TEATRO DE LOS NIÑOS.

Con el presente número repartimos á nuestros queridos suscritores la decoracion que les teniamos prometida: representa el subterráneo de un castillo, y en ella pueden representarse muchos dramas terroríficos. La decoracion está tomada de una que ejecutó, para los teatros de Madrid, el anciano y respetable profesor Sr. Avrial.

Para su colocacion, deben empezar nuestros suscritores por hacer en los dos lados del teatro, y en su parto superior, varios agujeritos equidistantes, por los cuales pasarán unas varillitas de madera que puedan quitar-

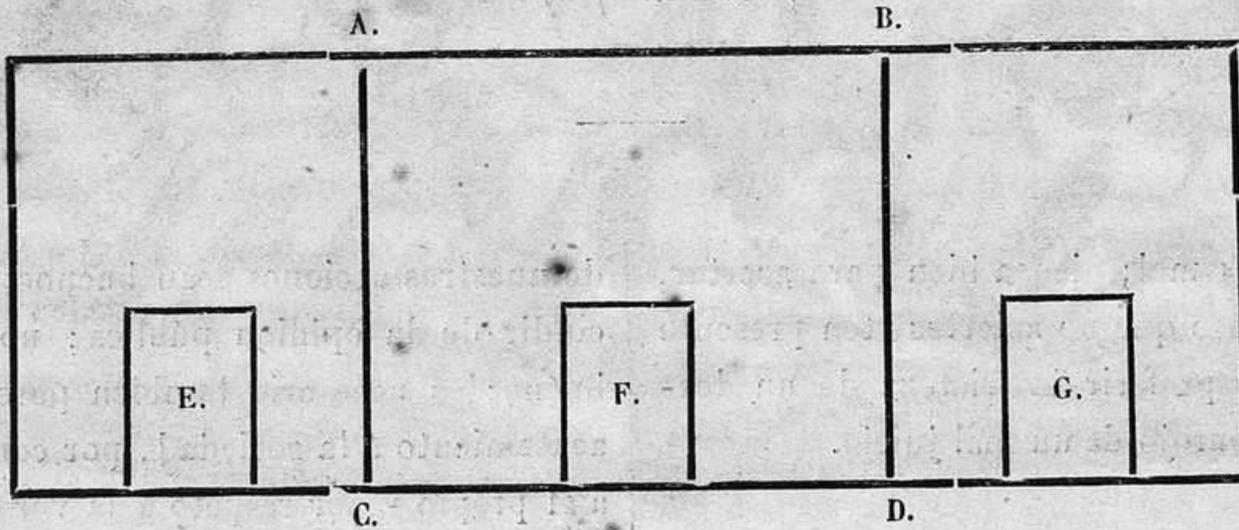
se ó ponerse á voluntad. Hecho esto, recortarán lo mismo el telon de fondo que los dos bastidores y los pegarán en cartones para que puedan sostenerse fácilmente en las varillas, que reemplazan en nuestro teatro á los telares de los de verdad.

Aun cuando en esta decoracion no son completamente necesarias las bambalinas, puede ponerse tambien una, rematando los dos bastidores y uniéndolos en su parte superior; pero hay que tener cuidado de que imite á la viga trasversal del telon de fondo.

Para que el teatro vaya estando en dispo-

sicion de funcionar, recomiendo á las empresas que construyan desde luégo la facilísima decoracion de casa blanca. Para ello no tienen

más que coger un pliego de papel y trazar en él la siguiente figura, del tamaño correspondiente al escenario :

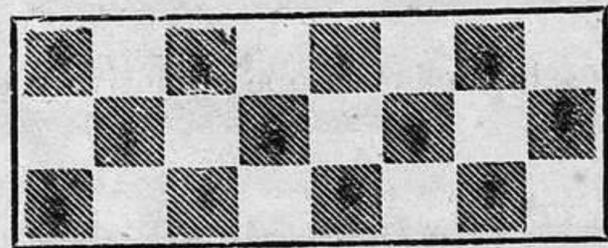


Pegada también á un carton, se recortarán las figuras E, F y G, que quedan convertidas en puertas, y pueden cerrarse con el mismo pedazo de carton, pintándolo de azul ó colgando trapo por la parte exterior, si quieren imitarse colgaduras. Se doblan las líneas A C y B D, y queda hecha la habitacion, que se puede cerrar con un techo blanco ó imitando vigas.

El mismo método debe emplearse para decoracion más elegante, usando, en vez de papel blanco, otro de color y dibujo muy menudo y guarneciendo las puertas, con un festoneado de otro color, que puede emplearse también en la parte inferior de las paredes.

Respecto á los pisos, ninguno más á pro-

pósito que el carton en su color natural para el subterráneo, otro carton imitando ladrillo para la casa blanca, y un embaldosado blanco y negro para la habitacion empapelada. Éste se imita facilísimamente con un cuadradillo en la siguiente forma :



Quedamos preparando una decoracion de campo, que será la primera que se reparta.

O. y B.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los suscritores, cuyo abono termina en fin del año, se sirvan renovarlo en todo el mes de Diciembre ; esto conviene para hacer con más desahogo las operaciones de administracion y para fijar la tirada que hemos de hacer de las decoraciones sucesivas del *Teatro de los niños*.

Al mismo tiempo suplicamos á nuestros constantes abonados se sirvan recomendar la publicacion á todos sus amigos.